

LAI WEN

LA ESTUDIANTE DE TIANANMÉN

Traducción de:
ANA BELÉN FLETES VALERA



MAEVA

Primera parte

1

EL PRIMER RECUERDO consciente que tengo es de mi abuela. De su olor. A medio camino entre el perfume del jazmín y el aroma terroso del aceite para el cuero de las zapatillas que les fabricaba a los vecinos de nuestro rellano. Recuerdo también su aliento, cálido y dulce en mi cara, con un levísimo toque de acidez. Aunque lo que más recuerdo son sus manos. Los dedos deformados pero sabios, que seguía moviendo con destreza cuando manipulaba el cuero para dar forma a un zapato o cuando echaba el arroz en una olla de agua hirviendo sin escaldarse con el vapor que despedía.

Recuerdo también —no tendría más de dos o tres años— la fascinación que me producían las abultadas venas moradas y verdes que recorrían como sarmientos el dorso de aquellas manos bruñidas y cubiertas de manchas de la edad. Qué diferentes me parecían de las mías. A veces mi abuela me cogía la manita —mucho más liviana y suave— entre las suyas y me resultaba fascinante. Pero, por encima de todo, sentía la calidez que emanaba de su piel curtida y que me envolvía la mano. Y me sentía segura, protegida.

Las arrugas que se le formaban en la frente, la piel caída de las mejillas, esos detalles de su aspecto nunca me causaron el rechazo que producen los ancianos en los niños. En vez de eso, para mí el

rostro de mi abuela, su cuerpo, todo su ser, era más como un mapa antiguo, familiar y extraño a un tiempo, que repasar una y otra vez con los ojos y también con los dedos. Porque eran muchas las veces en que le buscaba la cara con mis dedos de niña, le recorría las cejas delgadas y grises o jugaba con unos pelos gruesos que le salían en la barbilla, que, por alguna razón, a mí me hacían mucha gracia. A veces le tiraba de ellos y ella estornudaba sin querer, lo que me hacía aún más gracia, y me desternillaba, con esa risa alegre e infinita de los niños pequeños. Mi abuela observaba mis movimientos desacompañados con gesto solemne y sereno; tan solo el leve temblor de los labios y el centelleo de sus ojos azul grisáceo dejaban entrever el atisbo de una sonrisa.

Mis padres no tenían nada que ver. Ellos sentían devoción por mí, de la clase que sentiría una familia china en la década de los setenta del siglo pasado: una devoción teñida de cierta reticencia (mi hermano aún no había nacido). Pese a ello, éramos incompatibles. Mi padre era un hombre bueno, un hombre honrado. Pero de pequeña me pareció siempre una figura distante, aunque lo veía todos los días: por la mañana en el desayuno y por la noche cuando volvía de trabajar.

A veces iba por el pasillo de nuestro ruidoso piso inmersa en mis pensamientos, hablando con amigos imaginarios o peleando contra enemigos imaginarios, cuando, de repente, me tropezaba con él y el encuentro me devolvía bruscamente a la realidad. Mi padre. Era —ahora me doy cuenta— bastante menudo para ser un hombre, delgado y compacto, pero cuando eres niño habitas en una tierra de gigantes. Y los padres son los gigantes más grandes de todos. Puede que mi padre fuera tan grande a mis ojos por la dimensión de su severidad. Cuando nos encontrábamos en el pasillo, bajaba la vista para mirarme, pestañeaba y fruncía el ceño como si se hubiera tropezado con un enano desconocido en vez de con alguien de su misma sangre.

Mi padre se me quedaba mirando con ojos entornados como si no supiera muy bien quién era yo, y en un momento dado,

mientras el silencio se alargaba, me preguntaba entre dientes: «¿Has... has... hecho los deberes del colegio?» o «¿Has terminado las tareas de casa?». Con cinco años no tenía deberes en el colegio, pero yo asentía con la cabeza de forma vigorosa, porque me había hecho a la idea de que si no obedecía, podrían echarme de nuestro apartamento en un abrir y cerrar de ojos. Ciertamente, mis padres jamás habían dicho nada que diera a entender que fueran a echarme del hogar familiar por no haber hecho esos deberes escolares inexistentes que tanto preocupaban a mi padre. Pero por alguna razón se me había metido en la cabeza que podía pasar. Era uno de mis muchos temores.

Al echar la vista atrás, creo que él tenía tanto miedo de encontrarse conmigo como yo de encontrarme con él y por eso decía lo primero que se le ocurría. Él era académico, era cartógrafo, es decir, que se dedicaba a los mapas y la geología. Una profesión bastante anodina, de lo más apropiada para un hombre meticuloso e inofensivo como él. Y, aun así, él y otros como él habían sido objeto de persecución durante la Revolución Cultural de Mao. Un buen número de profesores, técnicos e intelectuales habían perdido la vida tras ser señalados como «burgueses degenerados», y supongo que nunca consiguió quitarse de encima el miedo y la incertidumbre que desarrolló en aquella época. Estaba presente en todos los aspectos de su vida. Incluso en la relación con su hija.

Yo crecí en la China posmaoísta —tras la muerte del Gran Timonel—, de modo que no sentía ese miedo como algo real, o no al menos hasta los acontecimientos que tuvieron lugar quince años después, pero mi padre nunca fue capaz de librarse de él, de su sombra.

Puede que una forma de mitigar ese miedo fuera desdibujarse, refugiarse en el mundo indeterminado y abstracto de los gráficos y los mapas que llenaban su estudio, un lugar en el que no tenía que preocuparse de la agitada vida familiar y sus complicaciones: los pañales sucios y el reguero de juguetes desperdigados por la

alfombra, los berridos de un bebé cuando pillaba una rabieta, la suavidad brillante de esas caritas que miraban entre expectantes e indignadas, y cubiertas de mocos y lágrimas.

Mi madre gestionaba sus miedos de otra forma. Ella era una mujer práctica, que procuraba tener bajo control absolutamente todo lo referente a la vida de su familia. Insistía en que todos estuviéramos sentados a la mesa para cenar a las seis en punto y nos colocáramos bien la servilleta en el regazo. Durante la cena en sí, nos ponía al corriente de los líos que se traían nuestros vecinos de escalera: los éxitos que se atribuían y los escándalos que tenían lugar de puertas para dentro. Sobre todo los escándalos. Mi madre tenía una energía arrolladora; era como un tsunami, capaz de llevarse por delante cualquier estructura que encontrara a su paso. El afán de cotilleo le servía para activarse y asegurarse de que no nos faltara comida y bebida, que lleváramos la ropa limpia y tuviéramos despejado el camino de la vida. Sin embargo, tuvo que pasar mucho tiempo para que me diera cuenta. Por entonces, mi madre era opresiva y pesada.

En los últimos años de la Revolución Cultural, bajaron de categoría a mi padre en su trabajo, pero logró sobrevivir. Estuvo en la cárcel un corto período de tiempo, pero cuando salió, recuperó su empleo. Supongo que fue uno de los afortunados. Todavía hoy desconozco las humillaciones que habrá sufrido. A él jamás se le habría pasado por la cabeza compartirlo con su familia, y menos aún con una familia compuesta por mujeres. Mi madre, sin embargo, estaba convencida de que el origen de todos sus males —el origen de todos nuestros males— se encontraba en un error fortuito de una maquinaria burocrática por todo lo demás perfecta. En su opinión, el Gobierno era duro a veces pero justo, y siempre había empleado su autoridad y su poder por el bien de las personas. De pequeña yo también creía, como mi madre, que el Gobierno chino era el mejor; muy adelantado, en todos los sentidos, a las potencias imperialistas occidentales que procuraban menospreciarlo por todos los medios. Todos los

programas de la radio sugerían que nosotros, el pueblo chino, éramos los abanderados de la humanidad al participar en una sociedad más humana, libre y sin clases. Nos inculcaban cosas como esas desde muy pequeños, igual que cuando en los colegios estadounidenses los niños se ponían en pie cada día a primera hora para jurar lealtad a su bandera.

Pero, de nuevo, al volver la vista atrás, me pregunto hasta qué punto la devoción crédula y entusiasta de mi madre por las autoridades mermaba aún más a mi ya exhausto padre, un hombre que había sido vapuleado por la vida y por el Estado al que procuraba servir. Estoy convencida de que el incesante entusiasmo de mi madre por el *statu quo* tenía que resultarle exasperante. Puede que se enfadara alguna que otra vez —un inusual destello de una emoción que llevaba toda la vida aprendiendo a reprimir—, pero nunca era cruel con ella.

En nuestro rellano, los maridos pegaban a sus mujeres a veces. Los oías discutir, casi podías distinguir esa calma repentina que precedía al impacto de la mano contra la mejilla, y a continuación el grito agudo de la mujer que recibía el golpe. Pero incluso las propias mujeres maltratadas conservaban cierto sentido del decoro, como si creyeran que había cosas de las que la gente respetable no hablaba, cosas que no debían admitirse ante los vecinos.

En esas ocasiones, toda la planta participaba en la misma farsa extraña y surrealista de que no pasaba nada malo; a veces la esquina de una puerta saltaba de repente sobre una mujer, como el monstruo de alguna antigua leyenda china, y la sorprendía mientras realizaba los quehaceres diarios. Los laterales de los armarios o los bordes de las camas eran igual de peligrosos, igual de provocadores. Sin embargo, los hombres con los que vivían eran intachables.

Una niña va entendiendo y asimilando esas cosas poco a poco sin darle el significado que tiene en realidad. Yo entendía que a veces pegaban a las mujeres y sabía que eso no estaba bien.

Sabía que los adultos que me rodeaban desaprobaban ese tipo de conducta, aunque no decían nada. Y seguía ocurriendo. Cuando era más joven, recuerdo haber pensado que a lo mejor la intensidad arrebatadora de mi madre podría haberse atenuado —que su obsesión por regular todos los aspectos de nuestra vida con su agudo sentido de la etiqueta y la respetabilidad podría haberse equilibrado— si, por una sola vez, mi padre le hubiera dado una bofetada. Si, por una sola vez, hubiera interrumpido la efusión interminable de cotilleos groseros y bravatas intimidatorias.

Nunca lo hizo, menos mal. Pero lo que quedó en su lugar fue hasta cierto punto peor: una concha gris de hombre que a mis ojos parecía viejo aunque no podía tener más de treinta y pocos años. Un hombre al que habían dejado para el arrastre. O puede que, sin más, hubiera aprendido a dejarse llevar; a abstraerse del mundo que lo rodeaba; a sentirse cómodo únicamente a solas en su estudio, reflexionando sobre sus gráficos y sus informes. Aún hoy sigo sin saber qué le ocurrió durante aquel período anterior a la muerte de Mao. Lo detuvieron, sí, pero ¿había sufrido daños físicos? ¿Lo habían torturado? Lo único que sé es que su persona estaba destrozada. Y después de todos estos años, y a pesar de haber sido un padre ausente, sigue dándome mucha lástima.

Pero si mi padre permanecía en actitud pasiva ante el entusiasmo arrollador de mi madre, mi abuela era otro tipo de persona. Distinta de la hija que había traído al mundo. Para mí, mi madre gravitaba hacia la respetabilidad, mientras que mi abuela era rebelde por naturaleza.

Nació en 1921, en un período de modernización en China tras el fin de la última dinastía, pero ella había vivido siempre en el campo, donde el pasado seguía ejerciendo un poder paralizante, extraño y espectral. Sus padres habían perpetuado las costumbres heredadas —le habían roto y doblado los diminutos dedos del pie siguiendo la práctica de los «pies vendados»—, pero mi abuela se rebeló, llorando noche tras noche en señal de resistencia

ante semejante suplicio, hasta que consiguió que la determinación de sus padres flaqueara. Cuando terminó quitándose las vendas a escondidas, sus padres fingieron no darse cuenta.

Ahora mi abuela tenía unos pies insólitos. Eran más grandes de lo que se buscaba con las vendas, pero aun así seguían siendo más pequeños que unos pies que se hubieran desarrollado con normalidad. De modo que le resultaba prácticamente imposible encontrar calzado que le quedara bien. Y al final decidió fabricárselo ella. No fue consciente en su momento, pero toda una generación de niñas se había rebelado ante la práctica de los pies vendados con el mismo coraje y la misma determinación que ella. Toda una generación de niñas con los pies demasiado grandes para ser pies vendados y demasiado pequeños para considerarse normales.

En los años siguientes, mi abuela se convertiría en una maestra zapatera que hacía calzado para aquellas mujeres que tenían lo que llamaban «los pies de la liberación», es decir, pies como los suyos, que se habían opuesto a sufrir las consecuencias del vendado. La destreza de mi abuela en lo que se considera la tarea más tradicional para una mujer —la habilidad con la aguja y el hilo para tejer y crear prendas de ropa— estaba unida a la vez a un acto de rebelión femenina. Su vida estaba cuajada de numerosos y pequeños actos de rebelión expresados con frecuencia de forma grosera e impropia de una mujer educada: una cargada sonora, un guiño indecente del ojo o un tremendo...

—jjjjBUUUUURRRRPPPP!!!!

Estaba con los palillos en el aire, a punto de llevarme a la boca un trozo apelmazado de arroz frito con huevo, pero el eructo de mi abuela fue tan sonoro, tan violento, que por un momento los cinco nos quedamos inmóviles. Mi padre tenía una expresión en la cara que no había visto nunca, la boca entreabierta, a medio camino entre el asombro y la consternación. Mi madre, que llevaba un buen rato criticando a la hija de una vecina por ir por ahí con sandalias sin calcetines —signo inequívoco de

depravación juvenil según ella—, se quedó tan desconcertada que por un instante no sabía qué decir, mientras pestañeaba varias veces seguidas tratando de asimilar el alcance de tan súbita y obscena intervención.

Mi hermano Qiao, que por entonces no tenía ni dos años, detuvo también el sonido pegajoso de su masticar entusiasta y empezó a chorrearle un poquito de comida por la comisura de los labios. Se le iluminó la cara con esa sonrisa de bebé que percibe que algo en su mundo ha cambiado de repente, y aunque no sabía con exactitud qué era, estaba encantado igualmente. Y por último, pero no menos importante, estaba mi abuela, cuyo cuerpo grande y rechoncho y su rostro generoso se habían relajado, acentuándosele las arrugas en una incipiente sonrisa, tras lo cual se reclinó en su silla como un sapo gigante y observó a mi madre con un brillo en los ojos.

Mi madre se puso roja. Pese al dominio que tenía para regular los horarios, la ropa que se ponían sus hijos y el tipo de lenguaje que empleaba su familia, era totalmente incapaz de controlar las emociones que expresaba su rostro y propensa a arrebatos personales repentinos e intensos. Miró a su madre con sorpresa mientras intentaba calmar su creciente indignación. Al cabo de un rato consiguió salir de su estupefacción para decir:

—Lo has hecho a propósito, *mǔqīn*, lo sé.

Mi abuela la miró inescrutable e impasible, con una chispa de diversión perversa tal vez.

—Querida y dulce hija, cuando llegas a mi edad, te das cuenta de que el cuerpo es como los coches. ¡Se corroen con el tiempo y no se puede evitar que tengan fugas a veces!

Mi abuela puso cara de buena y adoptó una expresión de dignidad herida.

—Anda ya, no me vengas con esas —le espetó mi madre—. Tus «fugas» ocurren casi siempre cuando estoy hablando de algo que me parece importante, siempre que quiero...

—Buuuuurrrrrppppp.

Todos entramos en una especie de parálisis temporal de nuevo. Excepto mi hermano, que era quien había soltado el eructo y no dejaba de sonreír con aire travieso mientras le caía la baba por la comisura de los labios combados en su sonrisa de bebé, feliz como una perdiz de formar parte del divertimento.

Mi madre lo miró con auténtico horror y a continuación se volvió de nuevo hacia mi abuela, pero la cara roja de antes había adoptado un blanco leche cortada de puro estupor.

—¿Ves lo que haces? ¡Estás... corrompiendo a mi hijo!

Por primera vez, todo rastro de diversión desapareció de la cara de mi abuela.

—No te pongas dramática. No tiene ni dos años. ¡Es un monito de repetición!

—Monito... ¿Cómo que monito? —espetó mi madre furiosa—. Pero ¿cómo te atreves? ¡Y no creo que el desarrollo moral de mis hijos... sea un tema para tomarse a risa!

A esas alturas se había levantado de la silla y nos observaba mientras gesticulaba hacia un público inexistente.

De súbito, dirigió toda la atención hacia mi padre.

—¡Y tú! ¡Tú! ¿Por qué no me defiendes nunca?

Así sin más, mi padre se hizo presente de golpe. La mirada intensa y acusadora de mi madre se llevó por delante las reflexiones tras las que se había escudado frente a la escandalosa riña familiar. El pobre hombre intentó calmarse mientras buscaba algo que responder —con visible esfuerzo—, pero no le dio tiempo a encontrar nada, porque mi madre tragó saliva con impotencia y se fue haciendo aspavientos.

Mi abuela miró burlona a mi atontado padre.

—Parece que hoy está un poco tensa. Tal vez deberías cumplir tus obligaciones maritales con un poco más de frecuencia.

Si el inesperado ataque de mi madre le había generado ansiedad, no fue nada comparado con el horror que le cruzó el rostro al oír la recomendación de mi abuela.

Con toda la dignidad que fue capaz de reunir, se levantó de la mesa y salió detrás de mi madre.

Mi hermano estaba en su trona y, por primera vez, una sombra atravesó las facciones suaves de su cara regordeta y abrió mucho los ojos grandes y oscuros en un momento de pena al comprender que las cosas habían cambiado, aunque no supiera cómo ni por qué. Sí sabía que solo un momento antes estaba rodeado por unas personas que ya no estaban allí. Puede que también percibiera ese tipo de soledad aterradora que llega de repente y de una forma arrolladora, y que les ocurre con frecuencia a los niños muy pequeños. Un segundo después la cara se le llenó de lágrimas tibias.

Mi hermano me parecía molesto casi todo el tiempo. A veces hacía mucho ruido y podía ser muy exigente. Su presencia se hacía tan patente que conseguía absorber toda la conversación de una habitación, atraer hacia su órbita la atención de los presentes tan solo con la fuerza que ejercían sus necesidades. Pero la molestia que me producía a veces me impedía ver su indefensión. En ese momento sentí su vulnerabilidad, su soledad y su perplejidad como si fueran mías. Durante un momento fue como si estuviera dentro de su cabeza, mirando con cara de sorpresa a las personas que compartían su mundo, entre el desconcierto y el miedo. Me levanté y lo saqué de la trona con cuidado. Se había puesto a dar berridos, abandonándose por completo al revoltijo de sentimientos que crecían en su interior de repente. Intenté decirle cosas tranquilizadoras al oído como había visto hacer a mi madre. Lo levanté y le puse los labios en la suave barriguita como hacía de vez en cuando para arrancarle una risa, pero el ímpetu de sus sentimientos se llevó por delante todo intento por mi parte.

Mi abuela me hizo gestos desde su silla y, sin decir una palabra, se lo puse en los brazos. Mi hermano seguía llorando, pero cuando lo abrazó contra su enorme pecho, ella lo envolvió con su cuerpo, su calma y su calor. Aunque los sollozos seguían estremeciéndole el pequeño cuerpo regordete, no tardó en comenzar a

relajarse y pegó la nariz contra la suavidad de nuestra abuela mientras ella lo mecía: una pequeña embarcación acunada por el vaivén de las olas. De forma instintiva y automática se metió el pulgar en la boca. Y al cabo de un momento oí el ruido de sus ronquidos, los ojos cerrados como dos suaves canicas, el diminuto botón de la nariz hacia fuera. Se había quedado frito.

De pronto, mis sentimientos se tiñeron de una motivación menos noble. Mi madre no solía dejarme salir a jugar con los niños del vecindario, pero mi abuela no era tan estricta con esas cosas, de manera que cuando ella no estaba, mi abuela se convertía en el medio ideal para conseguirlo.

—*Pópo*, ¿puedo salir un rato a jugar?

Mi abuela asintió levemente con su gran cabeza de tortuga sin levantar la vista mientras mecía a mi hermano entre los brazos. Sentí un escalofrío de placer prohibido al abrir la puerta de la calle y salir al rellano. Me golpeó una ola de calor. Era verano y faltaban aún muchos años para que hubiera aire acondicionado en la mayoría de los sitios. La gente dejaba abiertas las ventanas del balcón y muchas veces también las puertas de los pisos, para que la corriente de aire hiciera un poco más soportable el calor pegajoso en aquellas viviendas en las que se apiñaban muchas personas, especialmente cuando caía la tarde y empezaban a hervir las ollas y a chisporrotear las sartenes. Existía un extraño ambiente de comunidad en nuestra planta. Entre las puertas abiertas y las delgadas paredes la vida privada de los demás estaba siempre muy cerca y, si bien la situación generaba cierta camaradería, también daba lugar a los chismorreos y la competitividad.

Y a mi madre le gustaban mucho ambas cosas. Una de nuestras vecinas, a la que siempre había llamado tía Zhao aunque no era mi verdadera tía, procedía de una zona rural y tenía un acento muy marcado que no siempre me resultaba fácil de entender. Pero se había casado con un pekinés, y director de fábrica nada menos, de modo que disfrutaba de unas ventajas que no

estaban al alcance de nuestra propia familia. Por ejemplo, fue la primera de nuestro rellano en tener congelador. Aún recuerdo el día que fueron a entregárselo. Era casi el doble de alto que ellos y les costó trabajo subirlo por la escalera, mientras el resto de los vecinos contemplaban el espectáculo maravillados.

Recuerdo la expresión de mi madre espiando por la puerta entreabierta, los labios curvados hacia abajo fruncidos con acritud, la rabia silenciosa que brillaba en sus ojos. La tía Zhao era una de nuestras mejores amigas. Yo la conocía desde siempre y sabía que a mi madre le caía bien. Se me formó un nudo en la garganta al ver su reacción. Sentí la misma incomodidad que cuando estaba en clase y me pedían que descifrara una letra o un símbolo cuyo significado escapaba a mi comprensión. Vi cómo se le agriaba el rostro y la mueca que puso justo antes de cerrar la puerta y centrarse en las tareas de la casa. Nunca se me ha olvidado.

Ahora, mientras los aromas inundan mis fosas nasales —el de pollo frito, pescado, salsa satay y pepino de mar, junto con el del almidón de los tejidos secándose al aire mezclado con el de la humedad del calor corporal—, alcanzo a ver fugazmente el interior del piso de la tía Zhao. Distingo varias figuras en la cocina sentadas a la mesa envueltas en la fría luz azul del congelador al abrir la puerta, pero no me detengo. Aprieto el paso —se supone que los niños no podemos correr por los rellanos—, pero estoy loca de contento cuando llego a las escaleras y bajo ruidosamente hasta el portal, abro la puerta y salgo a la calle. Hace un calor tremendo y opresivo pese a la hora. Noto el sudor en la parte baja de la espalda y la nuca, pero ya estoy fuera y de repente vuelvo a respirar.

2

Los BUSCO. No tardo nada en localizarlos. Están reunidos en un descampado cerca de la calle principal y, según va cayendo el sol, las franjas alargadas de la luz de la tarde recogen las partículas de polvo que se levantan del suelo de tierra, formando relucientes nubes de oro en el aire. A través de esa neblina dorada los veo a lo lejos. Distingo la forma y el contorno de los edificios del centro de la ciudad y, en el límite del horizonte, mirando hacia la Ciudad Prohibida, reconozco las figuras de los grandes monumentos que custodian la plaza de Tiananmén. Me parece lejana como una tierra mítica y remota, y su imagen, diáfana y tenue, reluce un instante, justo antes de desaparecer tras las nubes en movimiento. Mis pensamientos regresan al presente, al barrio, y me obligo a concentrarme en ello mientras me acerco al grupo de niños con aire perezoso y rostro inexpresivo. Llego caminando con estudiada despreocupación.

—¿Qué hacéis?

Está claro lo que hacen porque Zhen, un niño de rasgos finos y ojos grandes, está humedeciendo con la lengua el filo de un papel perfectamente liso. Los otros lo observan sin perder detalle, porque es el que, con manos veloces, hace los aviones de papel más bonitos y los que mejor vuelan, y quieren descubrir

su secreto. Sé lo que están haciendo, pero aun así lo pregunto porque es lo que hay que hacer.

Jian no despega los ojos de los pliegues que hace Zhen, pero murmura de buen humor como si acabaran de encontrar el mejor plan para pasar el rato.

—¡Estamos haciendo aviones de papel!

Asiento con la cabeza, voy a decir algo, pero al final me quedo callada. Jugueteo con las manos. Pillo a Al Lam mirándome. Cuando nuestras miradas se cruzan, ella aparta la suya avergonzada. Aunque estemos en el mismo grupo, apenas nos hablamos. Creo que tiene algo que ver con que seamos las únicas chicas. Sabemos que somos distintas de los otros y si estamos siempre juntas, puede que las diferencias se evidencien aún más. O algo así. Sea como sea, solemos mirarnos con recelo.

Zhen ha terminado su avión. Lo lanza al aire con un giro rápido de muñeca. Los demás miramos su rostro levantado recortándose contra la luz del atardecer hasta que el avión se reduce a una sombra oscura. De repente alcanza el punto más alto y, casi como si tuviera vida, se inclina hacia abajo con un bandazo y se lanza en picado al suelo dibujando un bucle vertiginoso a unos cientos de metros de donde estamos. De forma automática, salimos corriendo.

Jian recoge con cuidado el avión aplastado.

—Bastante bien —dice mientras lo examina. Sus rasgos anchos y bien definidos están iluminados por una sonrisa franca y simpática.

No creo que hubiera un líder claro en nuestro grupo, pero Jian era el que más se acercaba. Era guapo con ese abundante pelo negro que se le quedaba de punta; tenía una voz suave pero potente, se le daban bien los deportes y corría más rápido que todos los demás. También era el más alto. Cuando eres pequeño, ser alto es importante.

—¡Vamos a jugar a otra cosa!

Gen nos mira con una sonrisa extraña. Es mucho más pequeño que Jian, aunque no es mucho más alto que yo. Pero cada

uno de nosotros tiene algo. Jian es el fuerte. Al Lam es la sensata. Zhen es al que mejor se le dan los aviones de papel. Gen es... el inteligente. Se me ocurre que yo soy la única del grupo que no posee ninguna característica especial. Puede que por eso la gente no repare mucho en mí. Los profesores no me ven cuando estoy en clase, y desde que nació mi hermano, mis padres no me prestan la misma atención que antes, excepto para decirme, en el caso de mi madre, que he vuelto a ensuciarme el vestido de barro, algo que, al parecer, «no es propio de señoritas». Pero mi abuela sí que me ve. Tiene una mirada que llega a todos los recovecos secretos de tu cuerpo, de tu alma. Aunque no es lo mismo. Sin embargo, sé que cuando salgo a jugar con mis amigos, me aceptan en el grupo sin decir nada, aunque no tenga ninguna cualidad especial. Es como si cada uno fuera una pieza de un puzle que solo se ve cuando estamos todos juntos.

Pero Gen es diferente. A pesar de que es pequeño, todos escuchamos lo que dice. Tiene seguridad en sí mismo sin necesidad de hablar alto, simplemente dice cosas que los demás no sabemos. Por eso es el inteligente. Hay algo en él que parece más adulto, más incluso que Jian, aunque este sea el mayor y el más alto del grupo. Además, Gen nunca usa el mismo tipo de argumentos que los demás.

Una vez, Fan, que está gordo y huele mal, me acusó de rascarme el culo. Solo lo dijo porque todos sabemos que es él quien lo hace, y no paraba de reírse y babear mientras lo hacía, como si fuera lo más gracioso del mundo. Sentí que me ponía roja. Decir algo así era muy raro, porque yo jamás me rascaría el culo. Con todo, Fan lo dijo en alto regocijándose en ello, y aunque yo no haría nunca tal cosa, sentí que las mejillas me ardían y los ojos se me llenaban de lágrimas. Pero no de tristeza, sino de rabia. Y, aun así, todos los demás debieron de pensar que Fan había dicho la verdad y que yo me había puesto roja de vergüenza.

Y exploté.

—¡Eres un imbécil y un retrasado!

Y le pegué con todas mis fuerzas en el brazo. Los ojos se le llenaron de lágrimas al momento y empezó a gritar. Lo vimos alejarse corriendo hacia su casa, todo lo deprisa que le permitían sus piernas regordetas.

—Eso no está bien —dijo Jian mientras me miraba con cara de decepción.

No levantó la voz y sus ojos eran amables, pero fue como si me hubiera dado una bofetada con todas sus ganas. De repente me sentí indignada y me entró pánico.

—Es mentira. Wang Fan miente. Ha dicho que me he rascado el culo, y no es verdad.

Miré a mi alrededor buscando comprensión. Miré a Gen, porque todos sabíamos que era el inteligente, el racional. Estaba segura de que él escucharía la voz de la razón.

—¡No es verdad, Gen!

Él se miró los pies un momento y entonces levantó la cabeza y me miró con sus ojos castaños resplandecientes.

—Sí, ya lo sé, pero esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es? ¿Cuál es la cuestión?

Lo pregunté casi gritando, pero todos habían vuelto a lo suyo. Nadie me dijo que me fuera, pero yo sabía que tenía que hacerlo. Regresé al día siguiente. Wang Fan estaba allí, riéndose y babeando mientras jugaban. Me uní al grupo y fue como si no hubiera pasado nada. Pero en ese momento comprendí lo que había dicho Gen: «Sí, ya lo sé, pero esa no es la cuestión». Todos en el colegio llamaban retrasado a Wang Fan. Porque cuando comía, babeaba y se manchaba de comida la ropa y, a veces, se reía sin motivo de repente. Y esa era la cuestión. Igual que el grupo me aceptaba a mí, aunque no tuviera mucho que ofrecer, aceptaban a Wang Fan porque estaba allí y quería jugar. Para nosotros, que éramos niños, en aquel momento, en aquella época en particular, lo mejor del mundo era poder jugar todos juntos, aunque fueras un poco torpe o diferente, aunque fueras bizco o tuvieras una barriga rara. Esa era la cuestión.

—¡Vamos a jugar a otra cosa! —anunció Gen.

Todo el mundo hizo caso. Gen y yo íbamos al mismo colegio, pero no estábamos en la misma clase. Sin embargo, sí lo había visto subir al estrado delante de todo el colegio para recoger un premio por las notas tan buenas que sacaba en caligrafía. También sabíamos que su padre era alguien importante, pero nadie entendía por qué lo sabíamos, ya que Gen no solía hablar de sus padres.

—¿A qué? —preguntó Jian con seriedad.

—¡Al juego del gato y el ratón! —respondió Gen.

Jian asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—Muy bien. Vamos a jugar —dijo.

Me miró.

—¡Tú eres el ratón! —exclamó.

Yo me reí con nerviosismo sin querer porque todos me miraban, pero sobre todo porque me hacía feliz que Jian me hubiera elegido a mí.

Y entonces me quedé helada.

—¡Y Wang Fan será el gato!

Los demás hicieron un corro a mi alrededor y empezaron a cantar:

—Ratón que te pilla el gato, ratón que te va a pillar, si no te pilla esta noche, mañana te pillaré.

El juego consistía en que el gato persiguiera al ratón al terminar la canción, pero por desgracia, Wang Fan no lo había entendido bien y se lanzó a por mí antes de que terminara. Sentí que me caía al suelo, casi a cámara lenta, y que después las cosas recuperaban el ritmo normal y yo estaba inmovilizada y desconcertada en el suelo de tierra, los sonidos de fuera amortiguados, y el susurro caliente de la respiración de Wang Fan en mi oreja. Noté que un hilo de baba tibia me resbalaba por la mejilla.

Al mirar hacia arriba vi su cara mofletuda y la risa de bobo, y me recorrió una repentina corriente de rabia. Me entraron ganas de clavarle las uñas en los ojos, quería borrarle de la cara

aquellos labios húmedos y temblorosos. Era un niño —probablemente el más niño de todos nosotros—, y aun así la sensación de su cuerpo encima de mí era diferente. Notaba el calor que brotaba de los pliegues de piel fofa de la cara y la barriga. Era consciente del olor acre que despedía su cuerpo, sus axilas, sus muslos blandos.

Fan seguía riéndose y le temblaba todo el cuerpo, pero esta vez no grité, no lo llamé retrasado y no le escupí, que era lo peor que un niño podía hacerle a otro, sino que me tragué el asco, me concentré y con un giro ágil conseguí ladear su cuerpo rechoncho de forma que volcara, y así pude librarme de él.

Me levanté a trompicones. Miré al grupo y todos se reían. Me quedé atónita durante un momento. Seguía teniendo el olor de Wang Fan en la nariz. Estaba revolcándose en el suelo riéndose como si fuera lo más gracioso del mundo, como si alguien invisible estuviera haciéndole cosquillas. Noté que me miraban. Y después noté que me reía. Una carcajada forzada. Extraña. Un sonido que se estaba produciendo fuera de mí. Todos siguieron jugando menos Gen, que siguió mirándome un poco más con expresión burlona, evaluando la situación.

El sol se había ocultado tras el horizonte. Las sombras se extendían por el descampado. En un momento dado comenzamos a dispersarnos, cada uno en dirección a su casa. Y de pronto se puso a llover. Pero yo me demoré. Y volví a sentir la mirada de Gen. Curiosa, inquisitiva.

—¿Quieres ver una cosa? —me preguntó.

—Sí.

Estaba oscureciendo y sabía que tenía que estar en casa antes de que se hiciera de noche. Esa era la norma que me marcaban mis padres. A veces se lo discutía, aunque sin mucho entusiasmo, porque la verdad era que no me gustaba andar por la calle de noche. Pero en aquel momento algo me retuvo, algo me impidió que me fuera corriendo a casa. Gen hablaba bajito, pero parecía despreocupado y tenía un brillo risueño en los ojos,

como si yo le resultara hasta cierto punto ridícula. Si me hubiera negado a acompañarlo, habría sido como rechazar un desafío. Como si me diera miedo. Y Gen se habría reído aún más. Si me hubiera ido, habría sentido su mirada sarcástica y divertida clavada en la espalda.

En vez de eso, hinché el pecho y lo acompañé. La lluvia formaba una suave cortina gris y una niebla turbia se levantaba de las calles, un vapor a través del cual los edificios se veían oscuros y borrosos. Daba la sensación de que no se oía más que el golpeteo de la lluvia a medida que las sombras se alargaban y se hacía de noche. Notaba el chirrido de la lluvia al chocar contra mis zapatillas, colarse dentro y empaparme los calcetines, y notaba también las gotitas que se me enganchaban en las cejas y me colgaban de la punta de la nariz. Empezaba a notarme cansada, como si la humedad gris se me hubiera instalado en la cabeza.

—¿Adónde vamos? ¿Queda mucho?

—No queda mucho —contestó él con un atisbo de sonrisa asomándole a los labios.

Estaba un pelín molesta. Me empezaban a doler las piernas. Ya iba a decirle que aquello me estaba aburriendo, que tenía cosas mejores que hacer, cuando se detuvo.

—Hemos llegado.

Seguí la dirección de su mirada. Era un edificio grande con muchas plantas. Las paredes de hormigón no se apreciaban en la oscuridad, pero a lo largo de cada planta se sucedía una serie de altas ventanas abovedadas que dejaban ver el suave resplandor de una pálida luz anaranjada que brillaba en el interior. El tejado se elevaba curvándose hacia arriba en una rígida estructura metálica, acribillado de tuberías y cables. Incluso desde donde estábamos se oía el zumbido que emitía el edificio, el del mecanismo que se revolvía en su interior. En la oscuridad parecía corriente y monstruoso al mismo tiempo, y aun así sabía que no tenía nada que temer. En ese momento me di cuenta de dónde estábamos. El edificio tenía una chimenea enorme que sobresalía

como un dedo gigante. La reconocí porque la veía desde la ventana de mi habitación por la noche. Pero al mirarla de cerca, hacia el contorno negro que parecía elevarse hasta el infinito, me sentí diminuta, aturdida ante mi insignificancia, viéndola expulsar un chorro de vapor espectral hacia la negrura.

Miré a Gen, que observaba el edificio con una extraña solemnidad.

—¿Sabes... lo que es? —preguntó tan bajo que casi no lo oí.

—Pues claro que lo sé —dije—. Es el hospital infantil de Pekín.

Había intentado adoptar un tono desdeñoso, pero el sonido se perdió en la oscuridad, amortiguado por la noche.

Gen se volvió despacio hacia mí.

—Eso es lo que cree todo el mundo.

—¿Qué quieres decir?

Su expresión se volvió seria.

—Mi padre trabaja para el Gobierno, y por eso sabe cosas que mucha gente no sabe.

—¿Qué cosas? —pregunté quisquillosa.

—Cosas como que hay niños ahí dentro, pero no para ponerse buenos. No van a... ponerse buenos nunca —dijo en un susurro.

—¿Y eso qué significa?

El tono suave y austero de su voz me atrajo a mi pesar. Sentí que se me erizaba el vello de la nuca y el calor del día se evaporaba con la brisa fría de la noche.

—Significa que este sitio... no es un hospital. Es un crematorio.

—¿Un cremaqué?

Gen sonrió con tristeza.

—No sabes nada, ¿a que no?

—Sé lo suficiente —respondí, dispuesta a defender mi honor.

—A ver, un crematorio no es un sitio donde los niños se ponen buenos. ¡Es un sitio en el que queman los cuerpos de los niños que mueren!

Lo miré incrédula.

—¡Mientes! —espeté—. ¿Por qué iban a hacer algo así? ¿Por qué haría alguien algo así?

Gen me miró impassible. Y después habló con un tono pragmático, como alguien que lleva a cuestas todos los secretos del mundo.

—Porque... ¡es lo que hacen!

—No te creo. Te lo estás inventando.

Me miró. No lo negó. No dijo nada. Solo me miró con esa extraña solemnidad. Recuerdo que pensé que era una expresión rara en un niño. Y en realidad creía que lo que decía era verdad. No quería creerlo, pero lo hacía. El latido del corazón vibraba dentro de mí, una sensación de miedo electrizante que oprimía el caparazón de mi piel delgada y frágil como el papel. Pero yo seguía teniendo la sensación de que Gen solo intentaba quedar por encima de mí, así que me revolví.

—Si eso es lo que hacen, demuéstalo. Pero no puedes, ¿a que no? ¡Porque eres un grandísimo mentiroso!

Tampoco conseguí provocarlo insultándolo, seguía manteniendo esa tranquilidad exasperante.

—Puedo demostrarlo —dijo sin levantar la voz.

No sé qué esperaba que dijera, pero eso desde luego que no. Me quedé impactada. Y bajo la conmoción, sentí que me invadía el miedo.

—Continúa —dije a duras penas.

Levantó la cabeza y miró hacia la oscuridad.

—¡La chimenea, el humo!

—¿Y qué?

Volvió a bajar la voz para revelar el más siniestro de los secretos.

—Cuando queman a un niño muerto, la chimenea se abre para que salga el humo. Pero la cosa es que...

—¿Es que...? —lo insté con la cabeza levantada, mientras me recorría un miedo gélido.

—La cosa es que el espíritu no muere. Eso lo sabes, ¿no?

Lo sabía. Mi abuela solía hablar de esas cosas. Asentí con la cabeza.

—Si miras el humo que sube, se ve...

—¿Qué se ve?

—Se ve el espíritu del niño muerto... o del bebé a veces... ¡que sube y se pierde en la noche!

El cuerpo me temblaba entre la adrenalina y el miedo. Tenía la impresión de que la oscuridad me rodeaba opresiva y asfixiante.

—No se ve nada de eso. No es verdad. No te creo.

—Muy bien, compruébalo tú misma.

No quería, pero mi cabeza se irguió aún más como si una fuerza invisible tirase de ella. Observé los hilos de vapor ascender en espiral hacia la negrura y, por un momento, pareció que las hebras plateadas se entrelazaban: el humo que se enroscaba en torno a la negrura de unos ojos que ya no veían, el vapor que se arremolinaba alrededor de una boca abierta en un grito infinito. Pestañee varias veces seguidas a medida que la tensión de mi cuerpo y la vibración de mi corazón se disparaban y, de repente, aparté la cabeza con brusquedad y los ojos se me llenaron de lágrimas de miedo y horror.

Noté que Gen me ponía la mano en el hombro. Me aparté de él y eché a correr.

Mis pasos resonaban en el vacío. Giré por varias calles. Me detuve con la respiración entrecortada. El pelo aplastado por la lluvia se me había pegado a la cara y al respirar me daban pinchazos en el abdomen de correr tan deprisa. Traté de recuperar el aliento. Los ojos se me llenaron otra vez de lágrimas. Pero esta vez eran lágrimas de humillación. Me había dejado llevar por la imaginación.

Después de que mi madre me gritara como una loca durante lo que me parecieron horas, me mandaron pronto a la cama. Me quedé en mi habitación a oscuras con una lúgubre sonrisa. Gen había conseguido asustarme contándome una historia de miedo para críos, y me la había colado pero bien. Prometí que se la iba

a devolver, ya buscaría la venganza perfecta, aunque tras aquellos pensamientos subyacía una inquietud más profunda, más elemental. Estaba tumbada en la cama, pero los objetos familiares de la habitación parecían diferentes. Se me antojaban sombras extrañas y etéreas cruzando una planicie oscura: la forma de un osito de peluche de pronto tomó unas proporciones siniestras, un río oscuro parecía derramarse por debajo del armario como una marea negra.

Permanecí a oscuras escuchando mi respiración y el latido ahora más suave y profundo de mi corazón. Allí tumbada me vino un recuerdo de años atrás. La muerte de mi abuelo. Yo tendría la edad de mi hermano Qiao por entonces. Todo es un poco inconexo; se me aparecen imágenes fragmentadas, en vez de una secuencia fluida de los acontecimientos. Destellos e impresiones: el olor de las velas consumiéndose, la sensación de un montón de gente en una habitación, el vago recuerdo de una cara desconocida que me mira. Sé que todo ello pertenece al funeral de mi abuelo. Años después descubrí que mis padres, los dos, habrían querido un acto más laico, pero no había habido forma de convencer a mi abuela.

Pusieron a mi abuelo en un ataúd abierto en la habitación principal de nuestro piso siguiendo el funeral tradicional que lo entregaría a los ancestros. Un goteo constante de vecinos entrando a presentar sus respetos a medida que anochecía. Se oía ruido, sonido de conversación. Es probable que hubiera un ambiente alegre —en las ceremonias tradicionales suelen estar presentes tanto la alegría como la tristeza—, aunque por lo poco que recuerdo no me parece que fuera así.

Recuerdo los cánticos. Recuerdo que me daban miedo. Recuerdo que me aferré a mi manta, una mantita muy mona, y que me metía los bordes deshilachados en la boca por los nervios. Recuerdo que entré en la habitación con toda esa gente y me abrí paso poco a poco entre un bosque de piernas largas en dirección a un punto en el que la luz de las velas se concentraba en un

céntrico círculo resplandeciente e iluminaba el color oscuro de la madera. El lugar en el que se encontraba mi abuelo. Tenía la impresión de que estaba allí, de eso estaba segura, así que, si continuaba moviéndome, sabía que lo vería, aunque al mismo tiempo no quería verlo. El terror se había instalado en mi interior, pero no podía dejar de moverme debido a la inercia de un sueño, acercándome más y más hasta...

¿Hasta qué? Recuerdo que el terror crecía en mi interior hasta que no me dejaba ni respirar. Recuerdo que me acerqué lo suficiente como para vislumbrar el perfil de una cabeza, la piel pálida y cerosa, la forma de una nariz, y aún hoy creo que es posible que mi mente añadiera esos elementos después, para rellenar los huecos en blanco. ¿Había llegado a verlo de verdad? Tumbada en la cama años más tarde, empujada de nuevo hacia la extraña neblina de mis primeros recuerdos, comprendí que ya no era capaz de dibujar el rostro de mi abuelo, ni vivo ni muerto. Lo que recordaba era un número: nos había dejado a los setenta y tres años. Mucho mayor de lo que hubiera podido imaginar, una edad interminable, que se elevaba como una montaña hacia las brumosas alturas de las nubes.

Pero Gen había hablado de niños. Niños que habían muerto. Niños que quemaban para que se convirtieran en humo. Había mencionado bebés incluso. Niños que no habían alcanzado ningún número. Comencé a darle vueltas al asunto en la cabeza, una y otra vez. No podía parar. ¿Por qué habían muerto? ¿Cuál había sido la causa de la muerte? El corazón empezó a latirme más fuerte, aunque estaba tumbada sin hacer nada. ¿Y si me estaba ocurriendo a mí? ¿Y si me moría en ese preciso momento? Cerré los ojos muy fuerte y la oscuridad me envolvió. ¿Era eso lo que había sentido mi abuelo?

Volví a abrirlos. Observé la habitación. Gen era muy astuto, se lo había inventado todo, me dije. Y yo había sido una tonta por creérmelo. Pero ni así podía calmar la inquietud que tenía dentro. Bajé los pies al suelo. Estaba frío. Me acerqué despacio a

la ventana. A lo lejos se veía la delgada estela de vapor que salía de la chimenea del edificio del hospital, blanco y fantasmal, fundiéndose con la oscuridad del cielo. Me metí otra vez en la cama y me tapé bien. Hasta que me dormí.